

David Hume: naturaleza, conocimiento y metafísica

Francisco Pereira, 2009. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

*Pablo Oyarzún**

Al final de la introducción a su libro, Francisco Pereira señala dos motivaciones fundamentales que ha tenido para decidir escribirlo: una tiene que ver con la lengua; la otra, con la cultura filosófica. Una es la falta de estudios sobre la filosofía de Hume en castellano que aprovechen la abundante literatura actual y –digo por mi cuenta– que puedan ponernos al día sobre los debates pertinentes de manera cabalmente informada y argumentativa. La segunda motivación concierne a la poca incidencia del pensamiento de Hume en medios culturales –precisamente los hispanoparlantes– que se han formado y desarrollado preferentemente a partir de otras influencias distintas de la tradición anglosajona moderna. Sin mayor conocimiento acerca de lo primero –sólo me alcanza para no saber de ningún estudio reciente en nuestra lengua, más allá del de Rábade Romeo, viejo ya de siete lustros–, doy por confiable la aseveración del autor. En cuanto a lo segundo, es cierto que nuestra cultura filosófica profesional ha sido largamente alérgica al legado anglosajón, y que eso que los ingleses y estadounidenses llaman la filosofía continental, vale decir, la alemana y la francesa, principalmente, es lo que ha constituido nuestra base de trabajo. Las excepciones son escasas –entre nosotros, pienso, por ejemplo, en la obra de Bello, que desde luego no era un filósofo profesional como lo entendemos hoy–, y probablemente la muestra mayor de sintonía con aquel legado la exhibe en el orbe latinoamericano un literato: Jorge Luis Borges. Agreguemos a esto la penetración tardía de la tradición analítica (inspiradora de este libro), que, al margen de algunos viejos apuntes esporádicos y muy localizados, sólo en los últimos años ha extendido en nuestro medio su cabeza de playa.

(Permítanme señalar en sordina que me parece en cierto modo sano que haya sido así: la tardanza favorece la selectividad. Amplíe mi paréntesis diciendo que

* Profesor Universidad de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile. Autor de más de 350 publicaciones, sus últimos libros son: *Entre Celan y Heidegger* (2005), *De lenguaje, historia y poder* (2006); *La letra volada* (2009), *Rúbricas* (2010) y *Razón del éxtasis* (2010). Además ha sido traductor de obras de Pseudo-Longino (en conjunto con Eduardo Molina), Charles Baudelaire y Walter Benjamin. E-mail: oyarzun.pablo@gmail.com. Este texto corresponde a la presentación del libro reseñado, realizada en la Universidad Alberto Hurtado, en Santiago, en enero de 2010.

una de las características interesantes de la formación y el ejercicio filosófico entre nosotros a lo largo de la historia –hablo sobre todo de Chile, pero creo que la observación puede hacerse extensiva a América Latina, en grados y con matices diversos–, una de sus características, digo, es la confluencia de dos modalidades de selección. Una es involuntaria, porque no depende de los cultores de la disciplina, sino de las formas y vías de acceso a la producción y las tendencias metropolitanas. La otra tiene que ver con las condiciones específicas de recepción que, además de los talentos, implican los contextos, las experiencias, los particulares intereses con los que –eventualmente– se construye un perfil intelectual, y –eventualmente también– lo que llamaríamos un sello original del mismo. Y digo que esta ha sido una característica interesante, porque lleva una marcada diferencia con el profesionalismo en filosofía. Sin intención alguna de oponérmele, porque no abogaré a favor de la calidad de mero amateur, siempre he sentido que la filosofía no es una profesión, o bien, que lo que hay en ella de crucial, de constitutivo, es precisamente aquello que excede la astringencia disciplinal y la probada escolaridad. Creo, dicho sea para cerrar este paréntesis, que Hume, como tantos otros retoños brillantes del siglo XVIII, tenía esa estampa.)

Las dos motivaciones que evocaba, creo, están muy bien servidas en el libro. Hasta donde puedo apreciarlo –no soy un especialista en Hume, ni de lejos–, Francisco Pereira rinde una cuenta de exégesis de la epistemología del filósofo inglés que satisface su propósito, diría que de manera íntegra. Ampliamente versado en la literatura relevante, desde los estudios clásicos hasta los títulos de data más cercana, sabe ponerla a trabajar con beneficio informativo y, sobre todo, con lucidez argumental en el curso de su exposición. Esa misma lucidez no sería posible si el libro no estuviese sistemáticamente construido. No me demoro en la reseña de esta organización, porque creo que el somero vistazo al índice y las claras indicaciones que suministra el autor en la introducción proveen al lector una idea perspicua de la misma. Baste decir que la explicación de la teoría de Hume acerca de las fuentes del conocimiento, las limitaciones que a este le imponen aquellas, el problema nuclear de la causalidad, la función que le cabe a la imaginación en la trama inteligible de los hechos y la invencible proclividad a convalidar el orden de causas y efectos que induce en el sujeto su propia naturaleza, la doble determinación de la creencia en un mundo externo poblado de cuerpos independientes y persistentes y, en fin, la compleja discusión sobre las eventuales convicciones metafísicas del filósofo y su inscripción teórica, establecen un itinerario que nos lleva desde las bases mismas de su concepción hasta sus implicaciones más generales y, a la vez, más profundas.

Debo decir que he aprendido mucho leyendo este libro. Que lo diga no puede impresionar ni sorprender a nadie, dada mi confesa ignorancia. En todo caso, es mi

testimonio. Permítanme, sobre este pie exiguo, hacer las veces de crítico lector que tiene más que ninguna otra cosa puntos de reparo formales para despachar su tarea.

Ya hablé de la organización, que me parece clara y limpia, en cuanto lleva a través de la *selva selvaggia* del *Tratado* sin que uno quede expuesto, en algún imprevisto recodo, al asalto de problemas con muchos cuernos para los cuales se carece de discernimiento y de manejo. El autor parece especialmente escrupuloso a este respecto, al borde –si se me permite un mal chiste– de ejercer uno de esos cuidados que corren el riesgo de matar al enfermo. No crean que estoy disparando una objeción mortificante. A lo que me refiero es a un uso continuo de la reiteración en el plan expositivo. Encontrarán ustedes casi a cada paso las muestras de un afán por recordarle al lector las premisas fundamentales que permiten entender los avances en el argumento y, a la vez, las múltiples dificultades que amenazan su recta comprensión. Esas premisas, que van sosteniendo el curso expositivo, y que por lo mismo se van erigiendo sucesiva y renovadamente como soportes de ese mismo curso, son sin duda necesarias, pero quizás es posible que en algunos casos pudiesen haber sido economizadas, ya derechamente en el recurso a ellas, ya en el modo de su enunciación, a fin de no sobrecargar la atención del interesado. Con todo, imagino que el lector agradecerá el celo que ha puesto Francisco en la plena inteligibilidad de su planteamiento. Y, para que se vea que mi reparo no lleva mucha consecuencia, creo también que este celo podría haber sido complementado con algo más. Mientras leía el libro, pensaba por momentos que un glosario habría sido bienvenido, en el cual se establecieran conceptualmente las acepciones de términos capitales, o, dado el caso, se precisaran sus variantes litigiosas; de cualquier modo, asumo asimismo que ese aditamento, tal vez, podría haber aliviado las reiteraciones de que hablaba. De manera similar, me habría gustado hallar –en la versión digital en que he conocido el trabajo, y ahora compruebo que es fiel al libro– un índice de materias, dada la riqueza de temas, análisis y esclarecimientos que allí se exhiben.

Sobre esto último (y hablo de esa riqueza), otra cosa que valoro particularmente de *David Hume: naturaleza, conocimiento y metafísica*, es la finura de las distinciones conceptuales que practica su autor. Estas inciden en dos dimensiones: una concierne directamente al texto de Hume, cuya complejidad –sobre todo en el *Treatise*– propone no pocos quebraderos de cabeza al estudioso más diligente. La otra tiene que ver con la abundante literatura exegética, que aquí (ya lo decía) es consultada y discutida con notoria pulcritud; se agradece, además, que cada capítulo vaya seguido por un catálogo de lecturas complementarias.

En lo que atañe a estrategias de análisis, Pereira ausculta el texto de Hume para determinar su coherencia y consistencia. Discierne la significación de sus

conceptos, reconstruye –con ayuda de la literatura secundaria, pero también en discusión con ella– sus inferencias, interroga sus pasos argumentales. Si me preguntan por opciones hermenéuticas, confieso que mi inclinación es distinta: busco las fallas en mis objetos de examen, y digo ‘fallas’ un poco en el sentido geológico de la palabra, como si se tratara de localizar las zonas en que los vectores semánticos, argumentales, retóricos y hasta humorales, me atrevería a decir, acumulan energías contenidas y usualmente contrapuestas, que transmiten su trepidación a todo el texto. En este atiendo, pues, a sus temblores. Pero, ciertamente, no se puede localizar una falla, no se puede determinar la escala de un temblor, si no se ha bregado por entender el objeto en cuestión en conformidad con su intención de verdad, si no se ha jugado honestamente a favor de su reclamo de conexión y congruencia internas, si no se lo ha sometido a una auscultación lógica que pueda dar con *su* lógica.

¿Qué imagen de Hume termina de perfilarse una vez leído y cerrado este libro? Ciertamente, no es una figura distinta a la que ya le conocemos, pero está tan bien delineada que alcanza el punto de poder reconocer con acuidad los rasgos y matices. Es la figura de un escéptico peculiar, que no se vale de la duda y la lucubración filosóficas para abolir irrecuperablemente el edificio de nuestras convicciones y creencias vulgares, sino para volver a alojarnos en ellas sin la carga dogmática que la misma filosofía impone, en el esfuerzo de rectificarlas o de sustituirlas por otras, en cualquier variante que uno se figure. Si la experiencia es nuestra base de conocimiento y, a la vez, nuestro hábitat (cuanto que la propia naturaleza nuestra es su nodriza), no es posible extraer de ella las certezas en las que creemos poder encontrar el único fundamento sólido de la existencia, y aquellas otras que vendrían a reemplazarlas, y que la metafísica nos allega como ficciones, se revelan, a la misma inspección filosófica, insostenibles o, peor aún, ininteligibles.

Y la experiencia conlleva un límite, que es la percepción primera (la impresión), como afección presente de lo presente. Mirada desde esta perspectiva, la “ciencia experimental de la naturaleza humana” que propicia Hume es una ciencia del límite: del límite que nuestra propia naturaleza nos traza, si puedo decirlo así, y no resulta ello demasiado oscuro, como límite interno de la naturaleza: el *punctum* en que la naturaleza secretea consigo misma, y que en nosotros opera como silencio. (Tácticamente, concluye Pereira con una apelación al silencio, sonsacada a la *Investigación sobre los principios del entendimiento humano*, en que Hume asevera que la experiencia, respecto de cuestiones originarias como la de si las percepciones son producidas por objetos externos a los que ellas se asemejan, “es y debe ser silenciosa”.)

El autor de *David Hume: naturaleza, conocimiento y metafísica* ofrece un cuadro altamente diferenciado de la postura de Hume, dándonos a entender que la mera

catalogación escolar de Hume como escéptico (o en cualquier otra calidad, pero aquí pienso en esa) pierde de vista su complejidad. Nos presenta, entonces, esta complejidad con entera lucidez, aportando a cada trecho las razones de la misma. Se condice ello, creo, con la descripción que hace el mismo Hume del suyo como un “escepticismo mitigado”, a diferencia de lo que entendía como pirronismo. (Se recordará lo que se dice en el célebre *abstract* que cierra el libro: “La filosofía nos haría enteramente pirrónicos, si la naturaleza no fuese tan fuerte para resistirlo”.) ¿Cuál es, pues, en definitiva el efecto que tienen las ‘dudas escépticas’ que él ejerce? Hume veía el pirronismo como un programa de duda radical, orientado, si no a extirpar las creencias, en todo caso a suspenderlas de plano, con consecuencia de ruina para la conducción de la vida, o bien, dado que no podemos escabullirnos por mucho tiempo de la fuerza irresistible de su facticidad, con consecuencia de exasperación por no poder sostener semejante programa. En este sentido, el punto de Hume estribaría en argüir que nuestra propia naturaleza nos apremia a conducirnos según creencias que no son racionalmente justificables. Por decirlo de alguna manera, lo que hace es contraponer a la constricción epistemológica del escéptico *avant la lettre* una constricción mayor, que viene dictada por las necesidades prácticas de la existencia.

Sin embargo, es verosímil pensar, supongo, que la distancia entre Hume y el antiguo escepticismo, tal como nos lo ha conservado Sexto Empírico, es mucho menor de lo que pueda concluirse de las declaraciones del primero. Dos puntos pareciera sensato mencionar: uno es el relativo a qué ha de entenderse por ‘creencia’ en el caso de los escépticos de estirpe pirrónica, en el entendido de que una creencia es algo a lo cual prestamos nuestro asentimiento. Pues, en efecto, la suspensión de la creencia que aquellos promueven no afecta a todo tipo de creencia, sino más bien a una determinada relación a la creencia, asumida como un pretendido conocimiento de lo real (es decir, algo que se tiene por verdadero) sobre un fundamento de razones. Esto es claramente distinto del asentimiento que alguien presta al modo en que se le presenta un determinado fenómeno en un determinado momento, que es el estilo propiamente escéptico enunciado por Sexto. Y no está nada de lejos de lo que señala Hume acerca de la “propensión que nos inclina a ser positivos y estar ciertos en *puntos particulares*, de acuerdo a la luz bajo la cual los examinamos en cualquier *instante particular*”.

El segundo punto tiene que ver con lo que llamaría la *unwillingness* de la formación y adhesión de la creencia. Digo *unwillingness* por evocar a Samuel Taylor Coleridge, quien acuñó una fórmula que tendría éxito duradero para nombrar la específica actitud que fomenta en el lector, auditor o espectador la favorable receptividad para los frutos de la fantasía (“sombras de la imaginación”, las llama), y

particularmente aquellos que escapan o que medran al margen de las leyes naturales: “*voluntaria suspensión de la descreencia (willing suspension of disbelief)*” la llamó, y a ella le confirió la dignidad de ser el principio mismo de la fe poética (*poetic faith*). Una suspensión en estos contextos implica un monto no desdeñable de esfuerzo y atención, ya sea de quien la opera en sí mismo, ya de quien la induce en otro; en el caso que encarece Coleridge, por cierto, hay en juego un soborno de placer que cautiva la voluntad del receptor en pro de la admisibilidad de lo increíble. Hume insiste en el carácter instintivo, involuntario, patético de las creencias vulgares que nos hacen llevadera la existencia, y esto, creo, tampoco dista mucho de la fuerza con que, según Sexto, nos imponen el asentimiento, precisamente de manera involuntaria (*abouúletos*), lo que él denomina las ‘presentaciones’, los fenómenos. Aquí como allá, casi podría decirse, el recurso a la razón posee función terapéutica. La fatiga que acompaña el análisis de la capacidad y alcances del entendimiento por medio de razones y argumentos acuciosos es como una cura homeopática de la razón y sus pretensiones, en virtud de la cual ella se hace sentir el límite a sí misma, despierta en sí el sentido para la pasión del límite y nos permite, en lo sucesivo, según arguye Hume en la *Investigación*, vivir tranquilos.

Me refería al comienzo a las motivaciones declaradas de Francisco Pereira y a su esmerado cumplimiento. Lo que ha logrado en este libro, a propósito de la epistemología de Hume, quisiera uno que se prolongase hacia el otro sector esencial de la reflexión del filósofo escocés: su teoría de las pasiones, su indagación moral. Aunque sé que está dedicado a otros asuntos, quisiera creer que puedo quedar a la espera de ese nuevo producto, para aprender de aquello otro parejamente a como he aprendido de la obra presente, y como –estoy seguro– aprenderán todos sus lectores.